

4

LA MORTIFICACIÓN CORPORAL.

LA MORTIFICACIÓN CORPORAL.

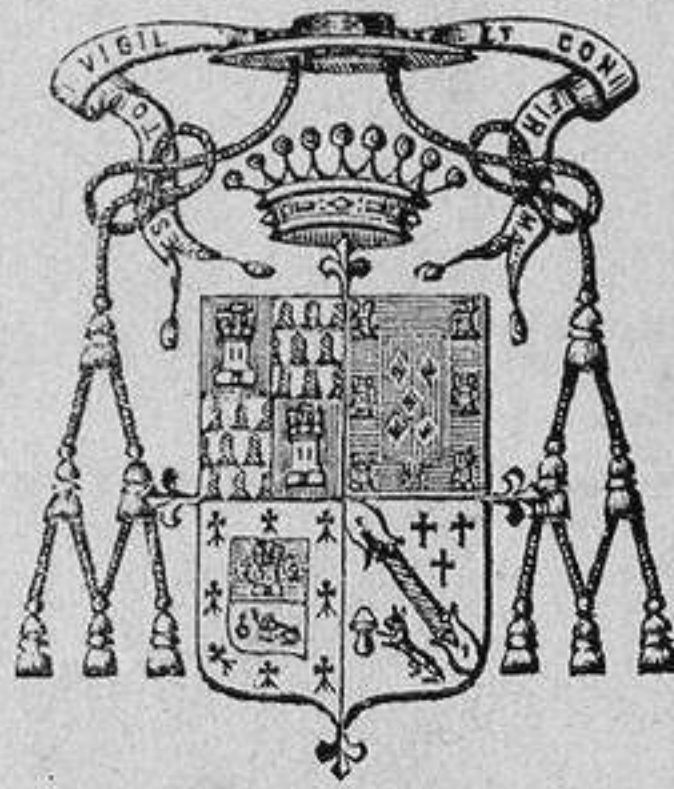
PASTORAL

DEL

SEÑOR OBISPO DE OVIEDO

AL CLERO Y FIELES

DE SU SANTA IGLESIA.



OVIEDO .

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE VICENTE BRID,

Canónica, 18.—Teléfono, 111.

1891



NOS EL OBISPO DE OVIEDO,

al V. Deán y Cabildo de nuestra **Basilica Catedral**,
Abad y Cabildo de Covadonga, clero secular y
regular, religiosas y fieles todos de esta **Diócesis**.

SALUD, GRACIA Y ESPIRITU DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

*Convertimini ad me in toto corde vestro, in
jejunio, et in fletu, et in plantu.*

Convertíos á mí, dice el Señor, de todo vuestro
corazón, con ayunos, con lágrimas y con gemidos.

JOEL. Cap. II, versic. 12.



ON estas palabras del Señor comiéndose la epístola del día de Ceniza, para prepararnos á la mortificación corporal de la Santa Cuaresma, medio ordinario, y generalmente indispensable para la emancipación del espíritu y purificación del corazón. Ellas contrastan ciertamente la opinión de una muchedumbre de cristianos, aún

de aquellos que hacen alarde de piedad, que ni comprenden la necesidad de la mortificación corporal, ni siquiera sospechan los motivos superiores sobre los cuales se funda; que pregonan teóricamente la obligación de la mortificación del espíritu y de la mortificación de la voluntad, y hasta se complacen en exaltar el mérito de la renuncia interior; pero que relegan la mortificación de la carne á la categoría de un medio voluntario del cual es permitido prescindir, sin grave detrimento de la vida de la gracia. Conviene, dicen, circuncidar é inmolar el corazón más bién que la carne, ya que el mismo Salvador nos enseña: *Que el espíritu es el que vivifica; la carne para nada sirve.* (1) Y sin darse cuenta de las ilusiones y de los errores que se ocultan bajo esta especiosa apariencia de virtud, se adormecen sin inquietud y sin remordimientos en una vida cómoda y regalada.

Indudablemente que *del corazón procede la vida*, (2) y toda la perfección del hombre consiste en la conformidad de su voluntad con la voluntad de Dios; pero ¿quién nos ha dicho que la mortificación de nuestro cuerpo no entra en el plan de la divina voluntad? El Apóstol San Pedro, hablando de la pasión del Salvador, afirma: *Jesucristo padeció*

(1) *Joannis*, VI, 64.

(2) *Prov.*, IV, 23.

por nosotros, dejándonos su ejemplo para que marchemos sobre sus huellas. (1) Aun en el supuesto de que la mortificación corporal sea solamente un medio, para sustraerse á él es indispensable encontrar el secreto de substituirlo y de llegar sin la inmolación del hombre exterior á la perfección del hombre interior y al fin de la vida cristiana. Y preciso es reconocer que ni Jesucristo ni los Apóstoles nos han enseñado ese secreto, ni ha sido conocido por cuantos Santos florecieron en los diez y ocho siglos de la Iglesia.

(1) *I. Petri*, II, 21.



I.



A vida de Jesucristo, desde el pesebre hasta el Calvario, fué una serie no interrumpida de padecimientos: *Fué preciso que Cristo sufriese y así entrase en su gloria.* (1) A tan caro precio adquirió el derecho de presentarse como nuestro modelo y nuestro salvador y de decirnos á todos: *sí álguien quiere venir en pos de mí, renúnciese á sí mismo, tome la cruz y sígame.* (2) *Os he dado ejem-*

(1) *Luc. XXIV. 26.*

(2) *Luc. XIX. 23.*

plo para que hagais lo que yo he hecho. (1) San Pablo fiel á las lecciones del divino Maestro, nos previene, *que se entra en el reino de Dios con el precio de los padecimientos.* (2) Por cuya razón, *él lleva siempre y en todos los lugares la mortificación de Jesucristo en su cuerpo, para que la vida de Jesucristo se manifieste en su cuerpo.* (3) No dice ciertamente que lleve la mortificación de Jesucristo en su alma, ó en su corazón, sino *en su cuerpo.*

Y no nos forjenos ilusiones, amados hijos nuestros, figurándonos que esta mortificación corporal sea solamente propia de los hombres apóstólicos: semejante subterfugio es imposible desde que oimos al mismo Apóstol San Pablo proclamar á la faz del mundo la crucifixión de la carne como carácter propio de la vida cristiana: *Los que pertenecen á Jesucristo, dice, crucificaron su carne con sus vicios y sus concupiscencias.* (4) ¿Qué piensan de estas palabras tantos cristianos de nuestros dias que pretenden componer la piedad con todos los regalos del lujo y con todas las comodidades de la sensualidad? ¿Tantas mujeres, cuya devoción de agua de rosa, lejos de *crucificar la carne*, se espanta ante la idea de que se les toque en la

(1) *Joan. XIII. 15.*

(2) *Act. XIV. 21.*

(3) *II. Ad Corinth. IV, 10.*

(4) *Galat. V, 24.*

epidermis; que se sublevan ante cualquier padecimiento ó privación; y que, á juzgar por su conducta, se olvidan de que *el reino de los cielos padece violencia y solamente los esforzados lo conquistan?*

(1) Sin embargo, *crucificar su carne* no es lo mismo que mimarla, halagarla y regalarla y rodearla de cuantos preservativos del dolor y de la aflicción puedan enervar el alma, y privarla del imperio que debe tener sobre el cuerpo. *No os engañéis, porque nadie se burla de Dios; el hombre recogerá lo que haya sembrado; el que haya sembrado en la carne, recogerá de la carne la corrupción, y el que haya sembrado en el espíritu, recogerá del espíritu la vida eterna.* (2) Escuchemos, amados hijos nuestros, á un orador cristiano, cuya exactitud teológica le pone al abrigo de toda sospecha é inexactitud, oigamos como explica la obligación en que estamos de mortificar nuestra carne.

«Abstinencias rigurosas, frecuentes y hasta perpetuos ayunos, prolongadas vigiliias, trabajo penoso, soledad y silencio profundo; pan y agua para alimentarse, saco y cilicio para vestirse, una pobre estera y la tierra desnuda para dormir; peñascos, cavernas, grutas oscuras y tenebrosas para cobijarse; inclemencias de todas las estaciones, calores del estío, frios del invierno, enfermedades

(1) *Galat.* VI, 7.

(2) *Matth.* XI. 12.

del cuerpo, muerte de sí mismo y de todos los sentidos, todo esto acompañado de oraciones fervorosas, y sostenido sin interrupción, sin descanso, hasta el último suspiro de la vida, era la penitencia de los primeros siglos. Pasaron esos siglos primeros y pasaron con ellos las penitencias y las virtudes que eran su fruto.

»¿Cual es la penitencia del presente siglo? Permitid que entremos en algunos detalles. Un ajuar modesto, eso sí, pero aseado y sobre todo cómodo. La misma modestia y la misma pulcritud en el vestido: una mesa frugal, aunque delicada, más delicada tal vez que ciertas mesas suntuosas. Nada de juegos, ni de espectáculos, ni de reuniones profanas; pero sí algunos contertulios de trato agradable, visitas, paseos, giras campestres, y recreaciones que halagan el gusto, por más de que sean honestas é inocentes. En una palabra, la penitencia de nuestros días está reducida á una vida dulce y apacible, sin ruido, sin embarazos de negocios, sin inquietud y sin cuidados.

»Convengo en que á pesar de esto os consagrais á la piedad y á la caridad; rezais el oficio divino, tenéis lectura espiritual, hacéis meditación, recibís los sacramentos, y socorréis á los pobres y los visitais alguna vez. Todo esto es laudable y edificante; pero en resumidas cuentas, ¿cómo y con qué condiciones practicais esos ejercicios que constituyen el fondo de vuestra piedad? A condi-

ción de que no os ocasionen ninguna molestia, y siempre que os dejen en plena libertad de abandonarlos y volverlos á tomar cuando os plazca: á condición de que sean de vuestro agrado y elección y de que se acomoden á vuestras inclinaciones; á condición de que no turben vuestro reposo; á condición, finalmente, de que se concilien con el extremado cuidado que tenéis de vuestra salud y persona. Tales son las mitigaciones y facilidades que deseais encontrar en todas vuestras devociones; ¿ y á esto llamais hacer penitencia? ¿ Me será á mí permitido deciros ingenuamente mi manera de pensar, sin que os cause molestia? Vuestra penitencia sería mirada por los verdaderos penitentes, por los penitentes de otro tiempo, con el horror que les causaba una vida sensual y regalada, una vida de constante relajación; y si vosotros la juzgais de distinta manera que ellos la juzgan, temed que tambien vuestro juicio difiera del juicio de Dios. »

No necesitamos, amados hijos nuestros, poner comentarios á estas palabras, y apesar de haber sido escritas hace ya dos siglos, preciso es convenir en que no dejan de ser oportunas. ¡ Cuántos penitentes de nuestros días se creerían unos santos, si practicasen esa penitencia que Bourdaloue reprueba como una relajación manifiesta! Cita enseguida los textos del Evangelio y de las Epístolas de San Pablo sobre la necesidad de la mortifi-

ficación, y continúa: «Hé aquí las máximas fundamentales de la moral evangélica, que se refieren en general á todos los estados del cristianismo, sin que hallemos en ninguna parte indicios de que Jesucristo ó sus Apóstoles las hayan restringido á determinadas condiciones, sin comprenderlas todas. Hé aquí de qué manera somos, ó no somos cristianos. De ellas no se eximen los justos y mucho menos los pecadores. Por consiguiente, haced la aplicación que debéis de estos principios á vuestra vida, tal como se ha descrito más arriba y como ella es; hacedla sin adulación y sin engañaros miserablemente. Decidme: esa vida, que llamais penitente ¿es por ventura una guerra á vuestra sensualidad, y una sujeción constante de nuestras pasiones desordenadas? ¿Es aquella cruz pesada capaz de abrumaros, si cada día y á cada paso no hacéis heróicos esfuerzos para sostener su peso? ¿Es una renuncia de vosotros mismos y de todos vuestros gustos? ¿Es el camino áspero, estrecho y escabroso? ¿Con qué austeridades afligís vuestro cuerpo? ¿De qué descanso y de cuantos placeres le privais? ¿Qué abstinencias y qué ayunos practicais? ¿Cuántas veces habéis sacrificado vuestros gustos, vuestro reposo y vuestra salud, movidos por espíritu de penitencia? ¿Cuándo habeis aceptado el rigor de las estaciones, el frio del invierno, y los ardores del estío y os habéis revestido de la mortificación de Jesucristo?

¿Dónde y cómo se conoce que sois los discípulos de un Dios crucificado?

« Ya estoy oyendo la respuesta: que la mortificación cristiana consiste especialmente en el espíritu, ó sea en el quebrantamiento de la propia voluntad, en moderar las vivacidades del genio, en reprimir ciertos movimientos naturales, en dominar el corazón y sus movimientos. Perfectamente; pero según la ley de Jesucristo, la mortificación de los sentidos acompaña siempre esa otra mortificación interior, es su pábulo y su complemento; y San Pablo, intérprete fidelísimo de esa ley, insiste particularísimamente en la necesidad de la mortificación de los sentidos. ¿A quienes se dirigía San Pablo? ¿A solitarios ó á religiosos? Mas es el caso que en tiempo de San Pablo no había religiosos ni solitarios; dirigíase el Apóstol á todos los cristianos, á hombres, á mujeres, á jóvenes, sin distinción de calidad ni de rango. Si más tarde hubo religiosos y hubo solitarios, débese á que los más avisados de entre los cristianos comprendieron la obligación que como tales tenían de hacer penitencia y mortificarse, y temiendo ser víctimas de las ilusiones del mundo, aún en medio de sus penitencias, huyeron del peligro, renunciaron á sus bienes, abrazaron la pobreza, confináronse en los desiertos ó se encerraron en los claustros, para reducirse allí á una

desnudez completa que les quitase hasta los medios de regalar su propio cuerpo.»

¿Qué decir en vista de ésto del error pueril de tantas personas mundanas que quisieran relegar la mortificación á los claustros, como si la obligación de la penitencia y la severidad de la moral cristiana no rezasen más que con los religiosos; ó como sí, por el contrario, no fuera más fácil en el claustro que fuera de él, vivir santamente sin auxilio de penitencias? Allí corren los días con la calma del recogimiento y del retiro; sucediéndose las ocupaciones sin dejar tiempo á la ociosidad, llenando todos los instantes que no están consagrados á la oración y á los ejercicios de piedad; nada en esa vida sencilla, uniforme y siempre arreglada, excita los sentidos; el alma reposa defendida del contacto y de los peligros del mundo, y los ruidos exteriores expiran en el umbral de esos asilos de paz. Pues si tantas garantías y preservativos no han parecido suficientes, y han creído los fundadores de las órdenes religiosas que debían además establecer prácticas de penitencia, y algunas veces de penitencia muy austera para asegurar la virtud de los religiosos, ¿qué será del cristiano que está obligado por razón de su estado á vivir en medio de un mundo *anatematizado á causa de sus escándalos*, (1) y obligado

(1) *Matth XVII, 7.*

además á usar de él, como si de él no *usase*. (1) ?
¿Cómo resistirá á esa seducción de la vida que el Espíritu Santo llama de una manera enérgica *el hechizo de la vanidad*, (2) si privado de los auxilios espirituales que los religiosos encuentran en la Regla, no se fortalece contra su propia debilidad y contra la corriente exterior con hábitos severos y con la mortificación de los sentidos? Hagámonos por Dios cargo de nuestra situación; cuanto una civilización corruptora multiplica más en torno nuestro los cebos de la voluptuosidad, los refinamientos del lujo y de la molicie, y los atractivos del placer y de la sensualidad; cuanto más la inteligencia humana, cómplice de las pasiones y de los sentidos, pone á su servicio las luces de una ciencia degenerada y consagra los descubrimientos y los progresos de su industria á la satisfacción de los goces materiales, tanto más necesidad tiene el cristiano fiel de protestar contra el desórden y de preservarse de él, multiplicando al efecto la vigilancia y el saludable rigor. En vano, para eludir esta consecuencia, pretenderíamos, amados hijos nuestros, escudarnos con el pretexto tan cómodo como repetido de la debilidad de las naturalezas de nuestra época. Si los temperamentos se han debilitado, lo cual es creíble,

(1) *I. Corinth VII, 31.*

(2) *Sapient. IV, 12.*

¿no serán la causa principal de ese descenso de nivel físico las costumbres enervantes y sensuales de la sociedad actual? Mas sea de esto lo que se quiera, preciso es reconocer, que el espíritu cristiano es el que se ha debilitado notablemente. No faltan fuerzas para el servicio del mundo; y sin ocuparnos en los ayunos forzosos del pobre, en las fatigas y privaciones del obrero, y en los trabajos y en las vigiliass del ambicioso, ¿á cuán penosas mortificaciones se someten todos los días mujeres delicadas por el mundo y por sus vanidades? ¡Oh dolor! Ensaye el confesor imponerles una débil parte de esas mismas mortificaciones por el servicio de Dios, y las oiréis poner el grito en el cielo, y acusarle de exagerado, y decir que no pueden con tanto rigor; y esa salud que había resistido sin sueño tantas noches pasadas en sa-raos, bailes y espectáculos, no puede, sin notable quebranto, privarse de media hora de reposo, para oír misa diaria, hacer oración ó recibir los sacramentos. Conciliad vosotros, si podéis, esa conducta con la doctrina del Apóstol, que decía á los primeros fieles: *Cuanto más habéis hecho servir vuestros cuerpos á la iniquidad para haceros pecadores, tanto más debéis hacerlos servir á la justicia, para que seais santos por la penitencia.* (1) Porque esta proporción contra la cual de seguro se revela

(1) *Roman. VI, 19.*

la debilidad de nuestra fe, es el último límite de la indulgencia permitida: *Hablo como hombre, dice, y habida consideración á la enfermedad de vuestra carne, (1)* para otorgaros esa atenuación en las obras de penitencia.

Por lo demás el punto importante que no debemos olvidar, porque da solución á todas las dificultades, es que Dios no manda precisamente tales ó cuales mortificaciones, sino más bien el espíritu de penitencia y de mortificación, por el cual, dice el Apóstol, que se conocen las almas que viven del espíritu de Dios. *Los que son carnales, dice, gustan de las cosas de la carne, mas los que son espirituales aman las cosas del Espíritu. El amor de las cosas de la carne es la muerte, mientras que el amor de las cosas del Espíritu es la vida y la paz. El amor de las cosas de la carne es enemigo de Dios, porque ni está, ni puede estar sometido á la ley de Dios. Los que viven pués según la carne no pueden agradar á Dios. (2)* Porque la carne tiene deseos contrarios á los del Espíritu, y el Espíritu los tiene contrarios á los de la carne; y son opuestos uno á otro. *Os digo pues: conducíos según el Espíritu de Dios, y no satisfaceréis los deseos de la carne. (3)* Y es que, para unirnos con Dios hemos menester de des-

(1) *Roman. VI, 19.*

(2) *Idem, VIII, 5.*

(3) *Galat. V. 16.*

prendernos de los sentidos; y para recibir la influencia de la acción divina necesitamos sustraernos á la de la carne y aprender á dominarla. *El cuerpo que se corrompe apesga al alma.* (1) *El que nutre delicadamente al esclavo en su juventud lo verá más tarde rebelarse.* (2) Por eso el Apóstol San Pablo, á pesar de haber sido arrebatado hasta el tercer cielo, *castigaba su cuerpo y le reducía á esclavitud, temeroso de ser reprobado después de haber predicado á otros.* (3) *Me complazco* —añade escribiendo á los Romanos— *en la ley de Dios, según el hombre interior; pero siento en los miembros de mi cuerpo una ley que combate la ley de mi espíritu y que me somete á la ley del pecado que reside en los miembros de mi cuerpo. ¡Desgraciado de mí! ¿quién me libraré de este cuerpo de muerte?* (4) Ante este grito de angustia exhalado por el Apóstol, ¿quién se creerá seguro sin acudir á los medios que él juzgaba indispensables? San Juan de la Cruz, guía iluminado en los caminos del espíritu, nos enseña: «que no se ha de creer á quien prescinde en sus enseñanzas de la mortificación de la carne, aunque su doctrina aparezca confirmada con milagros.» Y Santa Teresa: «es locura pensar que admita Dios en su amistad á los amigos de regalos: las almas

(1) *Sapient.* IX. 15.

(2) *Prov.* XXIX, 21,

(3) *I Corinth.* IX, 27.

(4) *Roman.* VII. 22.

que de veras aman á Dios no buscan reposo.»
« Quien no reprima la sensualidad, clama á su vez San Felipe Neri, jamás llegará á la perfección.»
San Francisco de Sales declara, « que es imposible al alma levantarse hasta Dios, sin que la carne sea mortificada y vencida. Se protege la viña con cercado de espinas, decía un varón espiritual: no es el cercado el que produce las uvas, pero las defiende según la palabra de la Sabiduría: *Donde no hay cercado, la propiedad es robada.* (1) ¿A quién persuadiremos por otra parte, que una persona que aborrece y huye de la mortificación corporal, tenga ánimo para practicar la espiritual, más difícil y más penosa? Las austeridades y las penitencias cuestan menos á nuestra naturaleza, que la negación de la propia voluntad, la renuncia á las inclinaciones del corazón y la inmolación del amor propio; por lo cual, quien se acobarda ante las primeras no abrazará ciertamente las segundas. A los que pretenden ampararse con la mortificación interior para menospreciar la de los sentidos—alegando una excusa baladí para no practicar ninguna—ha de dárselos la respuesta de San Luís Gonzaga: *Conviene practicar lo uno, y no abandonar lo otro* (2)

(1) *Eccli.* XXXVI. 27.

(2) *Matth.* XXIII. 23.

II.



Como los santos citados en el párrafo anterior, han pensado cuantos santos han ilustrado la Iglesia, y con ese pensamiento han conformado su conducta, como puede verse recorriendo la historia eclesiástica. No hay uno solo, cuya vida conozcamos, dice el P. Surín, que no haya practicado austeridades y maceraciones corporales: ejemplo decisivo en el cual se apoya ese piadoso autor, para combatir el abuso intolerable de los cristianos que pretenden llegar á la perfección sin mortificar sus sentidos, y escalar el cielo por un camino que los santos no conocieron. Y notemos de pasada que el P. Surín era jesuita, y que

los mismos enemigos de los jesuitas se abstienen de reprocharles la severidad de su moral. Dulce é indulgente es la moral de San Ligorio, hasta el punto de haber necesitado escudarse con la santidad de su autor, con los milagros de su vida y con la aprobación de la Iglesia, para abrirse camino por entre las prevenciones que le salieron al paso; y sin embargo, ese gran santo, en sus mismas obras de Teología Moral, traza un reglamento para las almas que aspiran á la perfección, y en él prescribe *entre otras* mortificaciones corporales; una disciplina diaria de un cuarto de hora, y una ó dos veces al mes, disciplina de sangre; ayuno á pan y agua, ó por lo menos con un solo manjar, todos los sábados; y dormir solamente de cinco á seis horas. Y quiere que todo esto se observe, si la salud y las ocupaciones del estado lo permiten; y lo quiere y lo prescribe, porque era una sombra y nada más de lo que él practicaba á diario, á pesar de las múltiples fatigas de su ministerio, y de haberse criado desde niño en medio del regalo y de las comodidades de la vida.

No ha cambiado, pues, ni cambiará el espíritu de la Iglesia, aunque haya temperado el rigor de la disciplina *á causa de la dureza de nuestro corazón*. (1) Ha quitado el precepto para que no sirva de piedra de escándalo y de ruina, en vez de servir

(1) *Matth.* XIX. 8.

para edificación; ha otorgado concesiones, pero mantiene enhiesto el estandarte del Calvario, el espíritu de penitencia: espíritu que procede *del Padre de las luces, que no conoce mutación ni sombras de cambios*, (1) y que inspira á su Iglesia la misma doctrina *hoy, ayer, y en todos los siglos*; (2) y por eso hoy como en los siglos anteriores nos llama á penitencia, cantando en tiempo de Cuaresma, *que el ayuno corporal refrena los vicios, eleva el alma y la enriquece con virtudes y premios*. (3) Los hombres mundanos dicen hoy, como decían los judíos carnales en tiempo de Jesucristo: *Esa palabra es dura é incomprensible*; (4) pero los santos y los hombres de buena voluntad y los amigos todos de Dios, comprenden esa enseñanza sublime y gozan de sus delicias; y á medida que las almas participan de su espíritu y de su amor, la verdad que entraña la ley de la mortificación aparece más radiante y más hermosa y las ilumina con luz más espléndida y más segura, haciéndoles comprender la economía de nuestra naturaleza y el designio providencial que rige la creación del hombre y su redención por Jesucristo; que solo elevándonos á estas alturas, podemos penetrar la razón íntima y

(1) *Jacob. I. 17.*

(2) *Hebreor. XIII. 5.*

(3) *Prefacio de Cuaresma.*

(4) *Joann. VI, 61.*

profunda de la penitencia corporal y de su necesidad absoluta.

Ha sido creada nuestra alma con el doble fin de unirse á Dios, y de unirse á un cuerpo al cual debe regir; y en relación, por ende, con seres puramente espirituales y con objetos puramente materiales y sensibles, se halla sometida á su encontrada influencia, y experimenta á todas horas la necesidad del combate interior, que hacía exclamar á San Pablo: *Apenas comprendo lo que me ocurre; porque no hago el bien que deseo, sino el mal que aborrezco; (1) y me encuentro sometido á la ley de Dios según el espíritu, y sujeto á la ley del pecado según la carne. (2)* Sin embargo, *no fué así desde el principio, (3)* porque *Dios hizo al hombre recto; (4)* y gracias á esa rectitud original estaba exento del humillante imperio de la concupiscencia, que dócil y sumisa á la razón, no hubiera podido prevenir los movimientos de la voluntad, ni resistir á sus órdenes; ejerciendo el alma sobre el cuerpo perfecta y soberana autoridad. Perdimos ese privilegio sobrenatural con la gracia santificante, que era su principio, por el *pecado que*

(1) *Roman.* VII, 15.

(2) *Idem*, 25.

(3) *Matth.* XIX, 18.

(4) *Eccles.* VII, 30.

*produjo en nosotros toda concupiscencia: (1) resultando de esa caída funesta, que los sentimientos y los pensamientos del corazón estén inclinados al mal desde la juventud, (2) y que toda carne haya corrompido sus caminos. (3) Ya el alma no domina al cuerpo; antes, invertidos los papeles, parece una reina destronada, y casi una esclava, sometida por una ley orgánica y fatal á los insultos de una carne rebelde. Caída espantable que divide la humanidad en dos campos, el del *hombre animal*, que no comprende las cosas de Dios, (4) y se abandona á las inclinaciones de la naturaleza corrompida, sin ensayar siquiera una resistencia digna de su origen y de sus destinos, y el del hombre de fe inquebrantable, que toma fuerzas de su propia flaqueza, (5) porque sabe que el fin de nuestra regeneración es librarnos de la esclavitud del cuerpo, de las pasiones y de los sentidos, y reinstalarnos en la posesión de la libertad de hijos de Dios, prometida á los judíos, (6) y otorgada á los cristianos. (7) Ciertamente que la gracia que*

(1) *Roman.* VII. 8.

(2) *Genes.* VIII. 21.

(3) *Idem,* VI, 12.

(4) *I. Corinth* XI, 14.

(5) *II. Corinth.* XII, 10.

(6) *Joann.* VIII, 36.

(7) *Galat.* IV, 31.

hoy se nos confiere no nos exime de la concupiscencia, pero danos fuerza para triunfar de ella, según la respuesta del mismo Dios á San Pablo: *Bástate mi gracia, porque la virtud se perfecciona en la enfermedad.* (1) Fruto de nuestros esfuerzos, de nuestros combates y de nuestras victorias ha de ser el imperio que obtengamos sobre nuestras pasiones, y, para ello, es indispensable la mortificación corporal. Dios, al destinar el alma á regir el cuerpo, organizó el cuerpo con relación á tan santo destino, y estableció perfecta armonía entre todas las partes del cuerpo del hombre: de manera que cada miembro poseyera el grado de fuerza propio de las funciones que estaba llamado á ejercer, y del concurso de todos resultase perfecto concierto y sumisión completa al alma llamada á regirlos. Turbó el pecado este acuerdo maravilloso, siendo el alma, rebelde contra Dios, el principio de la rebelión del cuerpo; ya porque al perder la gracia perdió el privilegio sobrenatural que la eximía de la concupiscencia, y ya también porque, para la satisfacción de ciertas pasiones, exige de algunos órganos corporales una acción que no conserva la armonía con su fin primitivo, y los desarrolla por lo mismo con exceso, mientras deja que otros se atrofien y paralicen por falta de ejercicio; de donde resulta el

(1) *II. Corinth. XII, 19.*

desequilibrio y la impotencia del alma para regir plenamente el cuerpo, por encontrar en todos los miembros una resistencia que ella misma ha provocado, con el desarrollo excesivo de ciertas actividades con perjuicio de otras. A este doble desorden pone remedio la moral cristiana, la cual mientras que, por una parte, llama al alma á la vida interior, á la oración, á la meditación y á los pensamientos graves y profundos de la fe, obligándola á excitar la actividad de los órganos de la vida intelectual, casi inútiles en el hombre *convertido en carne*, según la enérgica expresión de la Escritura; (1) por otro lado, le impone la ley la crucifixión de la carne y le inspira la penitencia y la mortificación de los sentidos, comprimiendo el excesivo desarrollo que habían recibido los órganos destinados á las funciones de la vida física y animal.

Por manera que la regeneración restablece el equilibrio roto por el pecado, y, aplicando el remedio á la raíz del mal, suspende el desorden introducido por las pasiones en el cuerpo y en el alma del hombre; y como es ley general de la naturaleza, que la reacción sea igual y contraria á la acción, no se limitan Jesucristo y su Iglesia á prohibir al pecador penitente los excesos, á los cuales antes se abandonaba, sinó que le privan

(1) *Genes.* VI, 3.

de algunos goces inocentes, de los cuales hubiera podido disfrutar, á no haberse entregado á los que son culpables; le prescriben, lo que es muy justo, privaciones proporcionadas á la grandeza de sus faltas: *Haced*, les dicen, *dignos frutos de penitencia*. (1) No cualesquiera frutos, exclama aquí San Gregorio el Grande, sinó frutos dignos, que guarden proporción con el número y la gravedad de las acciones criminales, para que no solamente detengais el progreso del mal, sinó que lo matéis en su origen, devolviendo la normalidad á nuestros órganos, privándoos del uso lícito de las cosas que sirvieron de ilícito pábulo á vuestras concupiscencias.

Ved, pues, amados hijos nuestros, el fundamento racional y cristiano de la ley de la abstinencia, del ayuno y de la mortificación en general; ley escarnecida por algunos con más ingenio que buen sentido — lo cual es más fácil que someterse á ella y practicarla; — ley que es elemental aplicación de un principio incontestable de medicina á las enfermedades del alma.

Tomemos, como ejemplo, á un hombre que ha destruído su salud por sus excesos de gula; no se ceñirá, ciertamente, el médico á prohibirle esos excesos, sino que le prescribirá severa dieta, sin permitirle ni siquiera el uso moderado de alimen-

(1) *Luc.* III. 8.

tos sanos y nutritivos, que ordena ó aconseja á otras personas sobrias y de buena salud. Ese régimen curará al enfermo, si por un tiempo más ó menos largo deja en reposo á los órganos irritados ó extenuados por un ejercicio superior á sus fuerzas.

No otro fin se propone la religión al imponernos el sacrificio de algunas satisfacciones, en sí mismas lícitas y permitidas; porque conoce profundamente nuestra naturaleza y la degradación que pesa sobre nosotros, no es posible que nos trate como á seres de naturaleza íntegra. La filosofía predica la templanza, pero la templanza sin la mortificación es una utopía en el estado presente de nuestra naturaleza vulnerada, en que el *hombre entero es una enfermedad*. (1)

Comprended, ahora, á la luz de estos principios de fisiología, la esterilidad de tantos esfuerzos, ensayados é intentados durante muchos años por algunas pobres almas, para sustraerse al imperio de los sentidos; almas de fe y ganosas de virtud, que vegetan, á pesar de aquellos nobles esfuerzos, en completa esclavitud de sus pasiones ignobles. Acuden á la oración, frecuentan los sacramentos; bien está, mas no es bastante. Hay ignorancia ó hay locura en el empeño de curar por medios puramente espirituales una enferme-

(1) *Hipócrates*.

dad que tiene su asiento y su principio en los órganos, ó sea, en el desarrollo excesivo de la vida animal. Si el desorden está en el cuerpo, al cuerpo es preciso atacar; para que el alma triunfe de su brutal resistencia. Para un hombre de pasiones violentas, cualquiera otro medio será un paliativo insuficiente, á no ser que le conduzca al conocimiento práctico de la necesidad de acudir á la mortificación corporal.

Un profundo pensador dijo: «No es el hombre ángel ni bestia; y desgraciadamente se hace bestia, cada vez que presume ser ángel.» Nó: el hombre no es ángel ni es bestia; es el compuesto de dos substancias, material una y espiritual la otra. El alma sola no constituye el hombre, ni el cuerpo es solamente un instrumento puesto á su servicio: el cuerpo es uno de los términos de nuestra naturaleza, de nuestra personalidad humana. El espiritualismo exagerado, que no tiene en cuenta esta verdad fundamental, es fecundo en errores. Intentar reformar ó perfeccionar el alma olvidándose del cuerpo, es desconocer la ley de nuestra naturaleza, y perder el alma con el cuerpo, yendo camino derecho al materialismo práctico. Se hace bestia todo aquel que presume ser ángel.

No separe el hombre lo que Dios ha unido. (1)

(1) *Matth. XIX, 6.*

No pretendamos aislar en nosotros mismos dos elementos destinados á concurrir juntos á la consecución de un fin, que ninguno separadamente puede alcanzar. El hombre es un compuesto de alma y cuerpo y entra en los designios de la Providencia que se perfeccione entero, y en su calidad de ser complejo.

Si á todos nos conviene tener presentes las consideraciones expuestas, es indudable que tienen fuerza especial y mayor aplicación práctica, si las referimos á la juventud. Fórmase en esta edad el temperamento; y pudiéramos decir que los órganos en su desarrollo esperan las órdenes del alma. Aplíquese ésta entonces á dominar, á enseñorearse del cuerpo por el trabajo y la mortificación, é imprimirá á su organismo una dirección saludable que durará hasta la muerte; mientras que, por el contrario, si en esa edad crítica, en la que hay exuberancia de vida, vive sólo el joven de la vida de los sentidos, de la vida animal, conservará acaso durante toda su vida en su alma y en su cuerpo, las huellas de esa viciosa dirección primera. Supongamos por un momento que agotada su vida física é intelectual, se arrepienta de sus excesos, y que los expíe por la penitencia; no por eso reparará sus perdidas fuerzas, antes verá cómo se verifica en él aquel formidable oráculo del Espíritu Santo: *sus huesos, esta-*

rán impregnados de los vicios de su juventud. (1)

En este siglo, tan falto de principios como rico en expedientes, se ha fundado una escuela que reprocha al Cristianismo su desconocimiento de los derechos y de la dignidad del cuerpo; escuela que se adjudica la misión de rehabilitar la carne, mientras que es evidente, que sólo la religión posee el secreto de esa rehabilitación y sabe realizarla. Ella nos enseña á respetar nuestros cuerpos revelándonos toda su dignidad; ella nos dice hasta qué punto los honra el mismo Dios, que los une á almas regeneradas, haciendo de ellos, por la unión personal, templos y santuarios del Espíritu Santo que los habita. *¿No sabéis, escribe el Apóstol á los Corintios, que sois templos de Dios, y que el Espíritu de Dios habita en vosotros? Si álguien profana el templo de Dios, Dios le perderá: porque el templo de Dios es santo, y ese templo sois vosotros. (2)* Y para que nadie aplique solamente al alma estas palabras tan sublimes como enérgicas, el mismo Apóstol se encarga de aplicarlas á los cuerpos, á fin de ahuyentar de nosotros el vicio impuro: *No sabéis, añade, que vuestros miembros son templo del Espíritu Santo que está en vosotros, que vosotros habéis recibido de Dios, y que vosotros no os perteneceis? porque habéis sido*

(1) *Job. XX, 11*

(2) *I. Corinth. III, 17.*

rescatados con gran precio. Glorificad, pues, y llevad á Dios en vuestro cuerpo. (1) ¡Qué expresión! y cuánto consuela el verla consagrada por un Apóstol inspirado! ¿Habrá, por consiguiente, cuidado que sea excesivo, ni mortificación que parezca penosa, cuando se trata de conservar el brillo y la pureza de este santuario?

Ved, pues, amados hijos nuestros, el motivo y la explicación de esas austeras penitencias que leemos en las vidas de los santos, con tanta admiración como espanto: son la expresión sublime de la grande estimación en que tenían á sus cuerpos. No reprochais al lapidario su desconocimiento de las piedras preciosas, porque talla el diamante hasta hacerle centellear, ni al escultor que desbasta un bloque de mármol del cual sacará su cincel hermosa estatua, ni al labrador que con la reja de su arado rotura una tierra inculta, pero fértil, para sustituir las plantas parásitas con semillas que produzcan abundantes cosechas; porque el trabajo que se imponen es la mejor prueba de que conocen el precio de los objetos en que se ocupan. Pues no hace otra cosa el alma cristiana en el trabajo de preparación á que somete aquí abajo su carne. Y cuando los santos surcan sus cuerpos vírgenes con las arrugas de la penitencia, los riegan con sus lágrimas y sudores, y los alivian del

(1) *I. Corinth. VI, 19.*

exceso de sangre, es porque mejor que nadie conocen su dignidad, su nobleza y sus destinos sublimes: respetan su carne y la rehabilitan, sujetándola á la voluntad de una alma cuya gloria se cifra en su absoluta sumisión á Dios, y preservándola de toda mancha, depositan *en esa carne corruptible y mortal un germen, una semilla de incorrupción y de inmortalidad.* (1) *Porque ellos esperan del cielo por Salvador á nuestro Señor Jesucristo, que transformará sus cuerpos humillados para hacerlos conformes á su cuerpo glorioso, por la operación de ese poder que tiene sujetas todas las cosas.* (2) *Porque es preciso que este cuerpo corruptible se vista de incorruptibilidad, y que este cuerpo mortal sea investido de inmortalidad;* (3) *á fin de que, cuanto hay en nosotros que sea mortal, quede transformado en vida.* (4)

Así honra su carne el hombre de fe: imprime en ella las llagas del divino modelo, preparándole para la eternidad la gloria y honor de los hijos de Dios. Sabe el cristiano *que las penas de esta vida nada son en comparación de la gloria venidera que se ha de manifestar en nosotros;* (5) *con tal de que*

(1) *I. Corinth. XV, 42.*

(2) *Philip. III, 20.*

(3) *I. Corinth, XV, 53.*

(4) *II. Corinth. V, 4.*

(5) *Roman. VIII, 18.*

suframos con Jesucristo para ser con él glorificados.

(1) De manera, que si fuese posible domeñar las pasiones y los sentidos sin el auxilio de la mortificación corporal, aún no debiéramos creernos dispensados de practicarla, para asemejarnos á nuestro Redentor y corresponder á su amor. La mortificación corporal, muy lejos de ser únicamente un medio para llegar á la abnegación de la voluntad, es ante todo una deuda sagrada, una deuda personal que resulta de la unidad de la persona humana y que debemos pagar en nuestra calidad de pecadores. Decimos que resulta de la unidad de la persona humana, la cual es tan íntima que no se puede concebir sin la unión del alma con el cuerpo, ó, por lo menos, sin la tendencia del alma á esa unión, y que explica otros misterios del Cristianismo, aparte del que tratamos, ó sea la mortificación corporal: como la resurrección de los cuerpos, los tormentos corporales de los réprobos, la unión corporal de Jesucristo con el hombre en la Eucaristía, y la misma gloria del cielo, que solo será completa después que el cuerpo entre en su participación. Preciso es, por consiguiente, que el hombre entero participe de la expiación y de la penitencia, ya que el hombre entero es el que peca, y el que ha de recibir la recompensa de sus obras en su alma y en su cuer-

(1) *Idem*, 17.

po. *Todos*, dice aún San Pablo, *hemos de comparecer ante el tribunal de Jesucristo, á fin de que cada uno reciba lo que le es debido por las buenas ó malas acciones que haya hecho con su cuerpo.* (1) *Por lo cual os conjuro, hermanos míos, por la misericordia de Dios, que le ofrezcais vuestros cuerpos como una hostia viva, santa y agradable á sus ojos.* (2)

Dirigimos esta exhortación, amados hijos nuestros, á todos los fieles de nuestra muy amada diócesis, porque todos estais llamados á conseguir la gloria del cielo, por la crucifixión de la carne, por la mortificación de las pasiones, por la imitación de la pasión de nuestro Señor Jesucristo; porque todos sois cristianos, es decir, hombres de Cristo, discípulos de la doctrina y de los ejemplos de Cristo. Con mayor motivo aún la dirigimos á nuestros amados hermanos en el sacerdocio, á los que estamos llamados especialmente á ser el *ejemplo del rebaño*, (3) y á los religiosos y religiosas más especialmente consagrados á revestirse de la imagen de nuestro Señor Jesucristo. Y, como San Pablo recordaba á los hebreos los ejemplos de sus antiguos padres en la fe, su constancia en los trabajos y su firmeza en los combates, á fin de excitar su celo y alentarlos á la penitencia, ¿no será

(1) *II. Corinth. V, 10.*

(2) *Roman. XII, 1.*

(3) *I. Petri. V, 3.*

oportuno que nosotros recordemos el ardor de nuestros antepasados en arrostrar toda clase de penalidades por la gloria de Jesucristo, y para santificar sus almas? No se diga jamás que hemos degenerado de tan noble como santa prosapia; no se levanten en juicio contra nosotros en el día del Señor, los santos mártires, cuyas reliquias veneramos en nuestra Cámara Santa, haciendo que contrasten y nos confundan las gloriosas heridas de sus combates, sus maceraciones y sus ayunos, con nuestra sensualidad, nuestra cobardía y nuestro apego á los goces de un mundo que se nos escapa y de una carne que se convierte en polvo. *Rodeados como nos encontramos de tan grande número de testigos, desprendámonos de lo que nos apesga y de los lazos del pecado que nos ahogan, y corramos por la paciencia el camino abierto ante nosotros, poniendo la vista en Jesucristo, autor y consumador de nuestro fe, quien por la gloria eterna que le habia sido prometida, padeció sobre la cruz, menospreciando la vergüenza, y está ahora sentado á la diestra del trono de Dios. (1) Puesto que Jesucristo padeció en su carne, armaos con ese pensamiento; (2) levantad vuestras manos caídas, fortificad vuestras debilitadas rodillas; ya que hasta hoy no habéis sabido combatir el pecado, resistiéndole hasta*

(1) *Hebreor.* XII, 2.

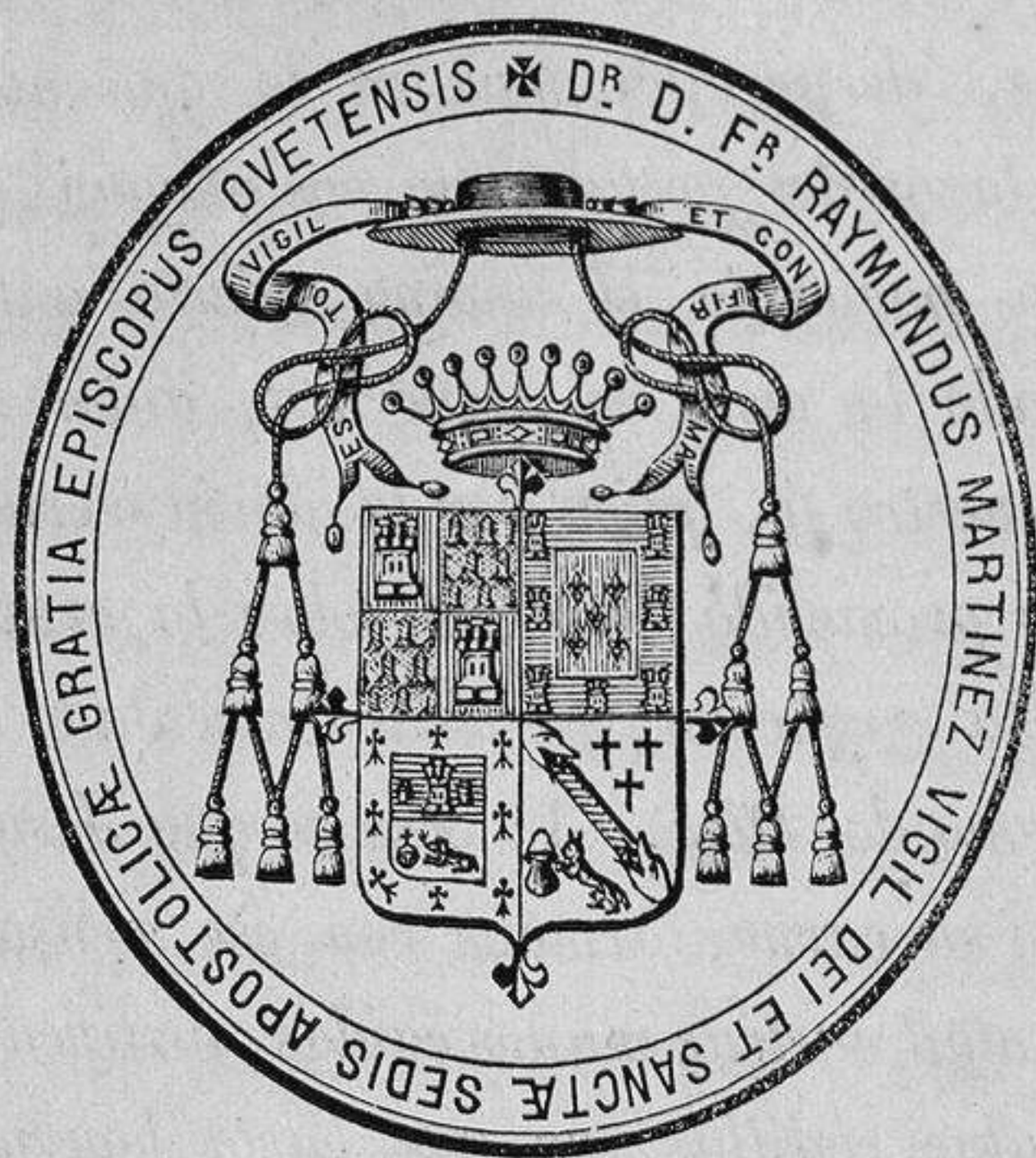
(2) *Petri.* IV, 1.

derramar vuestra sangre. No os canséis de padecer y de sufrir; el castigo entristece y abate al recibirlo, pero luego confiere á los así ejercitados, en medio de una paz profunda, los frutos de la justicia. (1)

Que el Dios de todo consuelo nos otorgue á todos la gracia de estos padecimientos y por ellos la gloria de las eternas recompensas, por los merecimientos de Jesucristo y con la asistencia del Espíritu Santo.

Dado en nuestro Palacio Episcopal de Oviedo, á 15 de Febrero de 1891, domingo primero de Cuaresma.

F. R., OBISPO DE OVIEDO.



Esta PASTORAL se leerá, en uno ó más dias festivos, en todas las iglesias de la Diócesis, al ofertorio de la misa mayor.

(1) *Hebreor. XII.*

